

motivo le han irritado extraordinariamente contra mí; y cuando me falta aún á las leyes de la buena crianza tan descubiertamente, no puedo lisonjearme que deje de contribuir á destruirme siempre que halle la ocasion. Esta zozobra continua no me hará variar el propósito de servir al Rey con todas mis fuerzas; pero, á pesar de todo, puede la humanidad quebrantarme en algun lance por una de aquellas fatalidades inseparables de la condicion humana. ¿Por qué, pues, dejarme expuesto á estas contingencias?... Yo no pretendo que se haga nada al confesor, pues le perdono de corazon el error en que le han metido, y concibo que el remedio sería peor que la enfermedad. Sólo pido una cosa, en caso que su majestad no piense más prudente retirarme, como yo entiendo, para trabajar por otra via en su real servicio, y es, que se tengan siempre á la vista, en cualquier acusacion que se me haga, las peligrosas enemistades que me han adquirido los negocios, y la razon con que debo desear se me comunique cualquier sospecha para dar explicacion; aunque lo mejor me pareceria siempre poner aquí persona nueva.»

Todas las aspiraciones de FLORIDABLANCA por entónces se reducian á venir á su plaza del Consejo de Castilla con cédula de preeminencias, como las que se daban á los ministros viejos y achacosos. Por de pronto el Marqués de Grimaldi templó el arrebato de la grave desazon padecida; á los pocos meses le avisó que estaba elegido por Carlos III para ocupar la secretaría del despacho universal de Estado. Su nombramiento le produjo natural sorpresa, y movió su alma á los sentimientos de amor, gratitud y ternura, á la par que le afligió la ninguna proporción de sus fuerzas para el nuevo empleo; y sin hacer el hipócrita, rogó á su protector constante que le pusiera á los piés del Rey, y le anticipara las excusas por los errores involuntarios en que incurriera de seguro.

III.

Difícilmente se puede hoy concebir que un cambio ministerial era suceso de bulto, y aún especie de fenómeno por entónces. Desde el año de 1762 figuraba el Marqués de Grimaldi al frente de la secretaría de Estado, tras de negociar, como embajador en Paris, el funesto pacto de familia. Alguna demostracion popular hubo en su contra, por la calidad de extranjero, al tiempo del motin de Esquilache. De español eran sus procederes, y así la ojeriza tuvo carácter de transitoria. Su crédito experimentó vaiven grande con motivo de la cuestion suscitada por Inglaterra, al ocupar el capitán general de Buenos Aires las islas Maluinas, que aquella nacion llamaba de Falkland, y tenía por suyas. Aun presidia el Conde de Aranda el Consejo de Castilla y regia las armas de Castilla la Nueva, y por la guerra inmediata opinó en luminosísimos informes; Grimaldi se sobrepuso á su influencia, dando tan mal sesgo al asunto, que la desaprobacion oficial del Capitan General fué un hecho. De las desavenencias entre Aranda y Grimaldi se derivaron los partidos opuestos de *aragoneses* y *gozillas*; sin duda tomaron el nombre de la patria de Aranda y del epíteto que solía dar á los fiscales, como en despique de que á menudo le coartaran las prerogativas, con apoyo de las prácticas y de las leyes; pero sustancialmente entre el poder civil y el militar era la pronunciadísima lucha. De ella salió Grimaldi victorioso, pues se deshizo de Aranda, que á Paris fué en clase de embajador, á los siete años de ser traído de la capitanía general de Valencia á Madrid con las más elevadas funciones. Trascendental fué á la opinion de Grimaldi la desgraciada expedicion á Argel del año de 1775 en sumo grado, y casi toda la responsabilidad se le echó encima. No le eran adictos sus compañeros; tambien le achacaron sus enemigos la publicacion de la pragmática de matrimonios desiguales, por cuya virtud el infante don Luis fué esposo de doña Maria Teresa Vallabriga, y que pareció novedad censurable y aún dolorosa. Bajo todos conceptos eran los ánimos hostiles al Ministro de Estado. Durante la jornada de San Ildefonso de 1776, se le acrecentaron los desabrimientos, no pasando día sin que le llegaran papeles anónimos y llenos de insultos y amenazas; su casa de Madrid quisieron incendiar una noche; cuantas sátiras salieron sobre la expedicion de Argel iban á parar á sus manos; todas las mañanas aparecian pasquines en su contra. Por más que aparentara serenidad de espíritu á los principios, sin fuerza ya para disimulos, hasta en el semblante se le conocian las desazones.— *Esto ya es menester dejarlo... Estoy firmemente resuelto á dejar el ministerio y á retirarme á Roma, porque creo que allí he de vivir aún diez ó doce años*; frases eran éstas que repetía á menudo en el seno de la confianza. Un incidente de ninguna significacion esencial vino á producir el final desenlace. Como protector de la Academia de Nobles Artes de San Fernando, Grimaldi extendió el nombramiento de persona tan idónea como don Antonio Ponz, en calidad de secretario;

pero la corporacion ofendióse de que se hubiera hecho sin propuesta suya; y esto dió margen á contestaciones y réplicas muy vivas, y campo de oposicion violentísima proporcionaron las juntas, á que asistieron con desusada puntualidad y como consiliarios muchos grandes de España, deliberadamente unidos para atizar el fuego de la discordia. Ya entónces resolvióse Grimaldi á abandonar su puesto, y de modo, que Carlos III le hubo de admitir la renuncia con mucho sentimiento, quedando muy satisfecho de sus servicios, y haciéndoselo ver al mundo del modo que estaba á su alcance, pues nombróle embajador en la corte romana.

Hasta en la caída salió Grimaldi victorioso de sus enemigos, con obtener que FLORIDABLANCA le sucediera en el mando, como su legítima hechura. Sin haberle visto en la vida, ni conocerle más que por sus producciones impresas y su bien ganado renombre, se le propuso al Monarca, para que lograra de Clemente XIV la extincion de los jesuitas; despues influyó muy espontáneamente en que se le hicieran galardones, y siempre le mantuvo á salvo de las malas voluntades, que tiraron á perderle en la gracia del Soberano. Por entendidos se dieron los contrarios del ministro saliente de que le debía su ascenso el entrante. Una sátira circuló titulada: *Junta anual general de la sociedad anti-hispana, celebrada el dia de Inocentes de 1776, y fin de fiesta en el cuarto del Marqués de Grimaldi*; y en su boca poníase allí el siguiente pasaje:

Pero no les salió como pensaban,
Porque les he pegado el gran petardo
De deshacer sus máquinas é intrigas,
Poniendo en mi lugar un hombre bajo,
De corazon torcido, y tan perverso,
Que aparenta candor y encubre rayos.

Generalmente fué aplaudidísima la elevacion del CONDE DE FLORIDABLANCA al ministerio, por la reputacion grande que se habia adquirido de fino tacto y capacidad suma en todos los negocios fiados á su desempeño. Cabeza del partido aragones era el Conde de Aranda; como sucesor de Grimaldi, se le habia designado en conversaciones y hasta en pasquines; sin embargo, á FLORIDABLANCA felicitó de seguida, con la marcial franqueza y característico desenfado que resultan de carta suya, fechada en Paris el 25 de Noviembre: «Vaya ésta á la suerte de hallar ó no á usía ilustrísima aún en Roma, de donde se la enviarán, si acaso hubiese ya salido para la nueva silla que trueca. Por el último ordinario he tenido aviso de oficio de la nominacion de usía ilustrísima para la secretaría de Estado. Si le doy la enhorabuena, que es el cumplido comun, hago lo que á todos impone la establecida y justa atencion del mundo; pero no me contento con eso, y paso á desear á usía ilustrísima toda felicidad en su desempeño, por su persona y por bien de la monarquía. Por ambas razones se le hará creible á usía ilustrísima: por la primera, á causa de habernos tratado recíprocamente sin interrupcion y sin objeto de fines particulares; por la segunda, pues sabe usía ilustrísima mi ciego amor á la patria, mi pasion por la gloria y estabilidad de la monarquía, y mi modo de servir al Rey, desprendido de todo impulso de interes ó miras personales. Sea usía ilustrísima tan dichoso como yo se lo deseo. *Majora te vocant*, y el talento de usía ilustrísima tiene ensanches para todo. Sea buen español, que así será buen servidor del Rey, y las historias le harán justicia, inmortalizándole. Un buen corazon ofrezco á usía ilustrísima, que es todo mi caudal, y la seguridad de que ninguno obedecerá sus preceptos con voluntad más fina.»—No ménos cordialmente le respondió FLORIDABLANCA el 18 de Diciembre en esta forma: «De vuelta de Nápoles recibo la estimable de vuestra excelencia, cuyas expresiones agradezco en el alma, porque las creo sinceras. Siempre hemos tenido una especie de genio recíproco, á pesar del *petegolismo* (pase la voz italiana) de nuestros pasados encargos. He recibido la noticia de mi promocion con afliccion de ánimo, por la desproporción de mis fuerzas con el peso de los grandes objetos á que la Providencia y la bondad del Rey me han querido destinar. Del celo y de la actividad no dude vuestra excelencia, como ni del amor á mi patria y á la gloria del Rey y de la nacion; pero *minimus inter omnes*, ¿qué podré hacer para arribar al colmo de mis buenos deseos! En fin, yo me conformo, pues que así lo quiere el amo, y voy á partir, esperando en España los preceptos de vuestra excelencia.»—A los cinco dias de besar la mano de Carlos III, en el real sitio del Pardo, FLORIDABLANCA decia, el 24 de Febrero de 1777, á Aranda: «Cuasi acabo de llegar, y he comenzado desde luégo á ejercer el oficio. Dios quiera que vaya bien; pero para ello es preciso hacer el noviciado, en que estoy muy expuesto á muchos errores.»—Sobre igual tema, Aranda escribía, pocos meses despues, á FLORIDABLANCA: «Veo que vuestra excelencia trata los negocios con

habilidad y profundidad, de que carecian cuantos han pasado por mis manos desde que llegué á esta córte, malográndose varios por la superficialidad y ligereza con que venian dispuestos, y por el poco apego de que es susceptible el que no puede pronunciar bien *cuerno, cebolla y ajo*. Gracias á Dios que todos somos unos, y vuestra excelencia irá cosiendo los asuntos.» No le podia FLORIDABLANCA seguir por este último tono, pues á Grimaldi estaba muy agradecido; y de ello le dió inequívoca muestra, con pedir y obtener en el primer despacho que el Rey le hiciera duque y grande de España, cuya noticia envióle diligente y gozoso á Medina del Campo, adonde se habia ido á despedir del Marqués de la Ensenada, antiguo amigo suyo.

Poco venturoso fué el reinado de Carlos III bajo el aspecto de las relaciones exteriores durante su primer período; en el segundo brilló con más lustre, desde que todo el ministerio se compuso no más que de españoles. Su primer paso ministerial dió FLORIDABLANCA en el sendero de la gloria, mediante el tratado que puso á las córtes de España y Portugal en perfecta armonía, á la par que adquirimos en el Rio de la Plata la disputada posesion de la colonia del Sacramento, y las islas de Fernando Po y Annobon junto á las costas africanas. Más complicada cuestion era la de la América del Norte, ya luchando heroicamente por su independéncia. Sobre la base de que todo el mundo se previene en su casa si hay fuego en las inmediaciones, FLORIDABLANCA propuso que á la deshilada se enviasen buques franceses á la isla de Santo Domingo y españoles á la de Cuba, no con ánimo de promover la guerra, sino de estar á todas las eventualidades, y en aptitud propia de conseguir ventajas, ora quedasen al fin sometidas ó independientes las colonias. Mal pareció á los consejeros de Luis XVI tal propuesta, y no se habló más del asunto. Poco despues lograban comisionados americanos que por ellos se declarase Francia, y entónces vino aquella córte á halagar á la nuestra, para que procediese de igual modo, y la respuesta fué negativa, despues de hacer que la esperasen allí largo tiempo; sobre lo cual escribia Aranda el año de 1778 á 7 de Marzo: «Habrás tres días que, furioso Vergennes sobre que no venia respuesta al correo de 31 de Enero, no pudo contenerse y me dijo: «Esta es la tercera jornada de los aciertos de España: primera la de Argel, para gastar su dinero, perder millares de hombres, ser rechazada por unos bárbaros, y venir despues á la Francia para que interviniese con los argelinos; segunda la de Buenos Aires, para consumir millones, favorecerla Dios sin perder un hombre en ocupar los puntos que podia desear, y despues hacer con Portugal un tratado que no podia soñar, pero con mucho misterio en conducirlo de modo que cualquier árbitro que hubiese mediado hubiera tenido vergüenza de proponerlo á la España; tercera la presente, en que por escrúpulos ó irresoluciones llegará tarde para las ideas que se formaron.» FLORIDABLANCA respondió sabiamente y sin demora: «Vergennes... se queja de que no respondemos á unas resoluciones que no piden respuesta, sino obediencia y conformidad; éste parece el sistema actual de esa córte, muy consecuente á sus antiguas máximas. Nos ridiculizan sobre nuestro tratado con Portugal, al mismo tiempo que nos sugirieron é influyeron para hacerlo en términos mucho ménos ventajosos, de que tengo las pruebas en mi poder, autorizadas por la respetable firma de su excelencia. Llamen tercera jornada de nuestros aciertos la de la presente comedia; dígales vuestra excelencia que no es sino la cuarta, porque la primera fué la pérdida de la Habana y de las riquezas del Sur en la *Hermiona*, quedando despues sin la Florida y con nuestros enemigos en el Seno Mejicano, para no poder entrar ni salir en nuestra casa sin su intervencion; ésta fué la primera jornada de aciertos. Incluya vuestra excelencia la de Portugal por consejo y auxilio de esos señores, que nos desprecian, y hacen bien si continuamos en creerles y seguirles. Al fin, si no se conquistó Argel, y despues los buscamos para componernos, no perdimos tierras ni navíos, ni hemos necesitado el que nos compongan; si gastamos en Buenos Aires, hemos tomado el fresco, sin perder un hombre ni un pedazo de tierra; si ahora no acertamos, vendrémos á parar, á lo ménos, en gobernarnos sin tutores, y no quejarnos de otros que de nosotros mismos, sintiendo sólo el tiempo que hemos perdido en planes, preguntas, respuestas y altercaciones, para concluir en no hacer nada, hasta la hora precisa en que se le antojó á esa córte dictar la ley y tomar su partido para lo que crea conveniente, sin contar con nuestro daño ni provecho... Parece que nuestra conducta política debe ser semejante á la militar que ahí proponen; esto es, *obrar separados, sin dejar de ser amigos*... Vuelvo á declamar por España, la cual estará bien cuando mire por sí, y muy mal cuando sea esclava de otro poder, sea el que fuere.» Aranda estuvo por la guerra desde los principios; FLORIDABLANCA inclinóse á sacar fruto por la vía de las negociaciones, y de esta suerte obtuvo para España el gran papel de mediadora. No pudo reducir las voluntades á que las cuestiones pendientes se ventilaran pacíficamente en un congreso, y al fin España declaróse potencia beligerante el año de 1779

por el mes de Junio, á causa de los desprecios y las altanerías de Inglaterra durante los tratos, no aviniéndose á ningun acomodo, á la par que á nuestro pabellon hacia insultos, y saqueaba nuestros bajeles, y á los indios movia en nuestro daño al rededor de la Luisiana y de Honduras.

Como guerra se tuvo de nacional decoro, y así notóse aquí grande entusiasmo y se multiplicaron los donativos. Cuatro años duraron las hostilidades; en América obtuvieron muy señalados triunfos el Presidente de Guatemala y los gobernadores de la Luisiana y de Campeche; un gran convoy apresó nuestra escuadra á la altura de las Azores por hábil combinacion de FLORIDABLANCA; dueños nos hicimos de Menorca, y próxima estuvo á ondear sobre el peñon de Gibraltar nuestra bandera. Sólo faltó este requisito á la paz gloriosa, y así y todo, desde la subsiguiente á la victoria de San Quintín, jamas llegó España, tras de porfiadisimas luchas, tan brillantemente al reposo. Ya entónces hubiera dejado FLORIDABLANCA el ministerio por su gusto; no consintió en su retiro el Soberano, y el carácter personal de éste y la gran suficiencia de su primer ministro realzaron considerablemente el lustre de España: entre sus infantes y los de Portugal se celebraron dobles bodas en bien de los vínculos tradicionales de ambas naciones; paz hubo fructuosa con las regencias berberiscas; un embajador extraordinario vino aquí de la Sublime Puerta, y Austria, Francia, Rusia, Inglaterra, Prusia, Dinamarca, Suecia y la misma Turquía acordaron consultar á Carlos III sobre los arbitrios para la pacificacion general de Europa, turbada por la cuestion de Oriente á los últimos de su reinado. ¡Qué gloria para el CONDE DE FLORIDABLANCA, verdadera alma de la política de entónces!

Prolijo fuera, y hasta ocioso, detenerse á enumerar cuanto hizo varon tan ilustre en los asuntos interiores, para difundir las luces y acrecer la prosperidad en todos los ramos, y velar por los menesterosos. Ademas de que su *Instruccion á la Junta de Estado* contiene la suma de las ideas adquiridas y la norma para el mejor gobierno de España, un *Memorial* presentó á Carlos III y reprodujo á Carlos IV, en que se compendian fielmente sus servicios relevantes. Ambos escritos forman parte del tomo que ahora se da á la estampa. Redactado fué el último de estos documentos inapreciables con motivo de que es necesario dar noticia. Sus altibajos habian tenido las relaciones amistosas de nuestro embajador en París y del Ministro de Estado. Siempre la agresion provino de Aranda, quejoso de que no se siguieran sus planes, ó de que se le ocultáran secretos; FLORIDABLANCA no hizo más que parar los golpes en actitud muy decorosa y meramente defensiva. Por muestra hay que transcribir trozos de sus cartas confidentiales. Aranda á FLORIDABLANCA: «Yo celebraré que la España saque su partido, sea por el lado que fuere; yo no sueño sino en España, España, España; ciertamente que á vuestra excelencia le sucede lo mismo; y sería un fatal destino que ni á rio revuelto hubiera ganancia de pescadores para nosotros. Las cosas estrechan; no hay más tiempo que para mirar á las tajadas; con que, así, señor excelentísimo, echar el ojo á las mejores.» FLORIDABLANCA á Aranda: «Vuestra excelencia predica por España, y yo quiero responderle predicándole por la misma. España y su bien es nuestro objeto único, y por él dejemos á un lado las sugestiones de nuestro amor propio y las perspectivas romancescas con que quiere lisonjear nuestra vanidad. Crea vuestra excelencia que nada se puede aventurar, conformándose, explicándose y obrando segun las santas y admirables intenciones del Rey, y que hay grandísimos riesgos en lo contrario. Vuestra excelencia es uno de los mejores españoles, y como tal será uno de sus mejores ministros, ya que Dios le ha hecho nacer en la clase de los mejores vasallos.» En despacho de oficio, con objeto de que el Rey lo viera por sus ojos, se aventuró á decir Aranda que arcanos y desconfianzas *no le eran soportables*. FLORIDABLANCA escribió en respuesta: «No quiero ocultar á vuestra excelencia, porque no se queje más de ocultaciones, que su carta de 11 de este mes nos ha puesto de muy mal humor; supongo que vuestra excelencia lo haria con esta intencion, porque conozco su modo de divertirse ó desenfadarse. Yo podria haber contribuido á poner á vuestra excelencia de peor humor, si mi alma no fuese más grande que las burlas ó los agravios que se me pueden hacer, aunque mi condicion sea pequeña. Sin embargo, no estreche vuestra excelencia demasiado á los hombres, que conoce y sabe que, aunque son honrados y modestos, no han sido en otro tiempo muy sufridos... Démonos por buenos, trabajemos por el servicio del amo y bien de la patria, y dejemos los chismes y las cavilaciones para las mujeres y los hombres de poco espíritu. Á estos objetos contribuiré con todas mis fuerzas, como lo he hecho hasta ahora, aunque sin la fortuna de que vuestra excelencia me haga justicia; pero, sin cansarme en continuar, pienso no volver á entrar en respuestas ni contestaciones sobre reconvenções personales, porque no me lo permiten ni mi salud, ni el tiempo, ni mis principios.» Aranda á FLORIDABLANCA: «No nos amontonemos, señor excelentísimo; ambos somos

hombres para entendernos recíprocamente; no se me acoja vuestra excelencia al sagrado del amo, cuyo nombre solo es una barrera para mi respeto. Y luego, ¿quién podría distinguir lo que hubiere salido de su motu propio y lo que hubiere sido proposición de sus ministros y sólo condescendencia suya, según lo habían pintado? Pero si vuestra excelencia, sacerdote del oráculo, no quiere admitirme ni aun por sacristán, pues tengo voz de chantre y de capiscol, déjeme á lo ménos entonar alguna vez las letanías... He dicho varias veces que yo no abonaba á este ministerio en sus cordiales intenciones de corte á corte, pues si una vez ha ido derecho, se ha torcido otras, y lo mismo digo á vuestra excelencia, como dicen, al paño, que pienso de nuestro gabinete con éste, y aun, si cabe, con más conocimiento, pues si á las gentes propias, como yo soy, se han interpolado roñas y tretas, mírese qué será con las ajenas... Yo sé que he sido buen embajador del Rey, dando mil vueltas á todos los asuntos y obedeciendo su voluntad decisiva; sé también que he procurado ayudar á vuestra excelencia con cuantas especies se podían suscitar, y que con caramelos me hubiera vuestra excelencia llevado por las orejas; pero azote encima, señor excelentísimo, suele causar que los niños hagan novillos. Yo no los puedo dar á vuestra excelencia, porque soy quien está en la escuela, y vuestra excelencia, al contrario, regenta la clase y tiene en manos la férula del maestro, *hoc est nomen Altissimi*; mas, como ya no tengo padre ni madre, ni tutor, por haber cumplido la edad, puedo tomar la carrera de las armas, y haciéndome soldado, quedar á la buena vida de ellos para servir al Estado y al Rey contra sus enemigos.» FLORIDABLANCA á Aranda: «Ahora, excelentísimo señor, yo no pretendo que vuestra excelencia me confiese la razón, pues me contento con que de botones adentro conozca que tengo algunas disculpas; tampoco quiero exigir de vuestra excelencia que diga que no tuvo motivo de quejarse, porque eso va en los genios más ó ménos delicados, y en los accidentes que se cruzan con la astucia de las cortes y el momento de nuestras vivezas; lo que sí pretendo, es que vuestra excelencia no tiene razón de quejarse en los términos que lo ha hecho conmigo, porque ni yo he maltratado á vuestra excelencia, ni le he desconceptuado con el Rey, ni le he ocultado de propósito cosa alguna para desairarle con ese ministerio, ni le he puesto una sola orden de desaprobación, reconvencción, extrañeza ú otra expresión que pudiera en lo más mínimo mortificarle. Una cosa que se calló á vuestra excelencia, en los principios de la guerra, fué, hablemos claros, no sólo por el bien del negocio, sino por vuestra excelencia mismo; el Rey mandó callar sobre esto, y no es justo que removamos caldos; las demas ocultaciones que se nos atribuyen han sido aprensiones ó casualidades, pequenezes ó equivocaciones. En cambio de esto, vuestra excelencia me trata de hombre que no cumple con su obligación; que faltará á la verdad, atribuyendo al Rey cosas que no habrá hecho ni dicho; que pintará á su majestad las cosas como quiera; que usa de roñas y de tretas; que tiene otras mil cosas ó defectos... Lea vuestra excelencia su borrador y esta confidencial á sangre fría, y vea si resulta de ella todo esto, y si puesto en mi lugar, ni en otro alguno, lo sufriría. Sin embargo, yo, por reverencia á la majestad del Rey, á quien he de leer esta carta, no sólo me abstengo de otras expresiones, sino que le pido que atienda á las buenas cualidades que hay en vuestra excelencia y á su celo y actividad, que le he elogiado repetidas veces; que no rebajaré en nada el concepto de vuestra excelencia por el paso que acaba de dar, excitado de su genio nimiamente delicado y pundonoroso... También pido á vuestra excelencia dos cosas: primera, que no me vuelva á escribir en términos iguales, y se compadezca de mis trabajos, salud y situación, para no exponerme á una imprudencia... Segunda, que no se ponga siempre de parte de las disculpas de esa corte, y que alcance su equidad alguna vez á las disculpas de la nuestra, aunque sea entre nosotros mismos.» Nuevo motivo tuvo FLORIDABLANCA, á los pocos meses, para escribir á Aranda y retratarse de este modo: «Soy el mismo que he sido siempre, á saber: hombre de bien, agradecido, venerador de la persona de vuestra excelencia y deseoso del acierto; si yerro, es porque no alcanzo más. Confieso que soy vivo y poco sufrido; pero el temperamento del país en que nací me puede disculpar. En fin, hagamos por la patria cuanto se pueda, y chismes á un lado.» Afectuosísima era la correspondencia de los condes, al dejar el de Aranda en 1787 la embajada, por estar casado en segundas nupcias y no avenirse á la ausencia de su esposa, á la cual fué el clima de París muy desfavorable.

Clamores se alzaron de los descontentos y ambiciosos en contra de FLORIDABLANCA, de resultas de la creación de la Junta de Estado, so color de que así aspiraba al ministerial despotismo. Como jefe de la oposición vino á figurar el Conde de Aranda, que se creía para más que otro alguno de sus compatriotas. Bueno es afirmar que la Junta de Estado no era más ni ménos que el Consejo de Ministros, según se celebra actualmente. Un real decreto de 23 de Mayo de 1788 sobre honores mili-

tares determinó de plano la actitud hostil del antiguo Presidente de Castilla, representando con vivacidad extraordinaria en contra por el Ministerio de la Guerra, y no siendo verosímilmente extraño á la divulgación de una sátira sobre el mismo asunto, bajo el epígrafe de *Conversacion que tuvieron los condes de Floridablanca y de Campománes el 20 de Junio de 1788* y con hacinamiento de calumnias para arruinar al primer ministro en la gracia del Soberano. Por aquellos mismos días publicóse en el *Diario de Madrid* la fábula siguiente:

EL RAPOSO.

De un leon poderoso
Ministro principal era un raposo;
Por lo sagaz y astuto,
Orgullo como el hombre tiene el bruto;
Y así, de su privanza envanecido,
Trataba con orgullo desmedido
Hasta á los mismos tigres y los osos.
Todos los animales,
Grandes, pequeños, mansos y furiosos,
Eran para él iguales;
Con rigor los trataba y aspereza,
Y despreciaba fuerzas y grandeza.
En esto, del favor una mudanza
Caer hizo al visir de la privanza,
Y apenas del señor perdió el aprecio,
Objeto fué del general desprecio.

Aun el más infelice le acomete,
Y los grandes del reino por juguete,
No queriendo tomarse más trabajo
Que tal cual arañazo de ligero,
Como por agasajo,
Tal martirio le dieron y tan fiero,
Y se lo continuaron de tal suerte,
Que, cargado de llagas y de afrenta,
Vino á sufrir la muerte,
Penosa tanto más cuanto más lenta.
¿Por qué para estos casos
Buscamos en los brutos ejemplares,
Si de iguales fracasos
Nos ofrecen los hombres centenares,
Cuando el poder usaron con exceso?
¿Y la soberbia cesará por eso?

Sátira y fábula se juzgaron generalmente enderezadas contra el mismo personaje, aunque la primera estuviese clara y la segunda en cifra. Diligencias se empezaron á practicar por los alcaldes de casa y corte en averiguación de todo. Á la sazón estaba el Rey de jornada en San Ildefonso, cual de costumbre durante los meses estivales. Diversas copias de la sátira se remitieron á FLORIDABLANCA, y entre ellas le pareció ver una de cierta señora perteneciente á la grandeza y que le debía atenciones; sobre lo cual desahogóse con personas allegadas, no sin hablar de la suma benignidad con que le trataba el Soberano y le favorecían de continuo los príncipes sus hijos; y como lo expresaba á menudo, sin venir á cuento, y le observáran taciturno y ensimismado, y sabían lo de la copia de letra conocida, se llegaron á persuadir de que había concebido recelos de los Grandes de España. Á muy probables conjeturas indujeron las averiguaciones oficiales de provenir la sátira y su divulgación primera de militares condecorados. Respecto de la fábula se supo con evidencia por don Félix María de Samaniego que el autor era un jóven amigo suyo, residente en Bilbao, llamado don José Agustín Ibañez de la Rentería, no ocultándosele á nadie, por ser del todo inocente su obra. Algunos tenientes generales y mariscales de campo fueron alejados de Madrid con varias comisiones, por consecuencia de la sátira divulgada. Evidentemente se renovaba, como en los tiempos de Grimaldi, la agitación del partido *aragones* contra el de los *golillas*; sólo que entonces el punto de partida de la oposición era un desastre como el experimentado en las playas de Argel, por mala combinación de la empresa, y le daba apoyo el Príncipe de Asturias, anheloso de ser admitido á las juntas que se celebráran por el Consejo de Estado, y ahora, sobre no tener mejor fundamento que el decreto de honores militares, cuyas consecuencias, de más ó ménos bulto, admitían el remedio facilísimo de una plumada, el primogénito de Carlos III estaba de parte del Ministro, pues había logrado el gran golpe de política de que se le admitiera á todos los despachos y se le dispensara una confianza en los negocios de que no había memoria en los fastos de la monarquía, ni ejemplo en las demas naciones. Con todo, FLORIDABLANCA se propuso abandonar el ministerio, y para impetrar esta gracia del Soberano fué su *Memorial* consabido, resumen de los sucesos de su época y de los adelantos de España, sin omitir la honorífica mención y el justo y legítimo elogio de cuantos habían contribuido á su lustre. Lo acabó de escribir el 10 de Octubre; casi de igual fecha es otra sátira en su contra, y titulada: *Carta de un huevero de Fuencarral á un abogado de Madrid, sobre el libre comercio de los huevos*: acre censura era del comercio libre entre España é Indias, y pobre alegato á favor del antiguo sistema; así esta nueva sátira ni desazonó á los amigos, ni regocijó á los contrarios.

FLORIDABLANCA olvidó sus amarguras ante las del Monarca, el cual oía gustosísimo la lectura del *Memorial* en los despachos de su ministro predilecto, cuando vió enfermar y morir á su nuera do-